

Yasmina Khadra
La sal de todos
los olvidos

Traducido del francés
por Wenceslao-Carlos Lozano

Alianza editorial

Título original: *Le sel de tous les oublis*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografías: © Ana Portnoy

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Éditions Julliard, Paris, 2020
© de la traducción: Wenceslao-Carlos Lozano, 2021
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2021
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-495-2
Depósito legal: M. 21.599-2021
Printed in Spain

*A la fotógrafa Ana Portnoy,
quien nos ha dejado legándonos esa mirada
lúcida y bella que se posa sobre
las almas y sobre el mundo.*

I

1.

—Esta es toda la historia.

Ella calló.

Como un viento que deja súbitamente de soplar entre la arboleda.

Pero Adem Naït-Gacem seguía oyendo la voz de su mujer golpeando con fuerza sus sienes como un ariete los muros de una fortaleza. Y eso que todo acababa de desvanecerse alrededor de ambos: el ladrido de los perros, el viento removiéndolo los pliegues de la cortina, el chirrido de una carreta alejándose.

Luego, el silencio.

Ese tremebundo silencio que lo invade todo cuando uno se percata de la magnitud del desastre.

Adem permaneció un buen rato completamente aturdido. Sin aliento. El corazón en un puño. Estuvo escuchando a Dalal de principio a fin. Sin interrumpirla para nada. ¿Qué retuvo de todo aquello? Algunas palabras sueltas que deflagraban dentro de él, lejanas y confusas, dos o tres palabras insufribles que su mente rechazaba como si fueran cuerpos extraños.

Se agarró la cabeza con ambas manos, sin saber qué otra cosa hacer. Sin duda, se trataba del discurso que menos esperaba oír. ¿Cómo creerse una confesión que lo excluía sin dejar de implicarlo? Las lágrimas corrían por las mejillas de la mujer, se descolgaban de su cara, salpicando su blusa de manchurroneos grisáceos. Dalal no se las limpió. Ya estaba en otra parte, con los ojos clavados en la maleta de cartón que ratificaba la catástrofe.

—¿Qué me estás contando, Dalal?

—Lo siento.

Adem se dio de pronto cuenta de que ya no le quedaba nada que salvar. El brazo se le disparó sin previo aviso y su mano la golpeó con tal fuerza que Dalal estuvo a punto de caer de espaldas. Con el rostro echado hacia atrás, un hilillo de sangre en el labio, volvió a plantar cara a su marido, mirando fijamente su maleta. Adem miró la palma dolorida de su mano, asombrado ante la gravedad de su gesto. Era la primera vez que abofeteaba a una mujer.

—Esto no tiene sentido.

—Lo sé —suspiró ella.

—No, no lo sabes. No puedes saberlo; si no, no estaríamos como estamos.

Intentó agarrarle las muñecas, como a veces hacía para calmarla. Ella retrocedió.

—¿Qué he hecho yo para que me hagas esto?

—No es eso.

—¿Entonces qué?

El grito la traspasó como una cuchillada. Encogió el cuello, esperando una segunda bofetada.

—Soy tu esposo. Tengo derecho a saber.

En realidad, Adem no tenía interés en saber nada de nada. Eso no haría sino envenenar aún más las cosas. El es-

pejo acababa de romperse. No había argumento capaz de minimizar la tragedia. Algunas heridas alcanzan la plenitud de la desgracia cuando se intenta comprender por qué lo que más ha importado en el mundo ya no vale para nada.

—Explícate... Explícame.

¿Qué más podía esperar? Dalal le había dicho lo que tenía que decirle. No había más que añadir, nada que rectificar. Él era quien se negaba a asumir el hecho consumado. Sus ataques de ira no pasaban de ser patéticos arrebatos de orgullo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué ahora?

Fue lo único que se le ocurrió para salvar las apariencias: míseras preguntas, tan tristes y estúpidas que no había respuesta capaz de aliviar su frustración.

A su parecer, nada, en su vida en común, le había hecho prever esa forma de acabar.

Al volver del trabajo, había visto en el vestíbulo una maleta junto a un pequeño bolso de mano. Estaba anocheciendo pero no había luz en el pasillo ni en la cocina. La puerta del dormitorio estaba abierta y Dalal sentada en el borde de la cama.

Por la palidez de su mujer, pensó de entrada que algo le había ocurrido a su suegra, encamada desde hacía un decenio por un ictus cerebral. Pero no era eso.

—Por favor, esto es ridículo. Eres una mujer casada, responsable, adulta. No puedes permitirte un comportamiento tan disparatado.

Dalal juntó las manos entre sus muslos con los hombros encogidos. Adem tenía ganas de abofetearla, de liarse a guantazos con ella hasta destrozarse las manos, de poner patas arriba el colchón sobre el que estaba sentada, de arrancar las cortinas, de incendiar la casa... Tenía sobre todo ganas de

que su mujer fuera consciente del caos que estaba ya provocando.

—Lo lamento en el alma. Te lo digo sinceramente.

—¡Pero por Dios, mírate! Te has vuelto completamente loca.

—¿No lo habré estado siempre?

Adem volvió a levantar el brazo. Esta vez Dalal no intentó protegerse, exponiendo su mejilla a la más fulminante de las iras celestiales.

—¿Cuánto tiempo llevas apuñalándome por la espalda?

—...

—¿Te has acostado con él?

—No...

—¿Cómo que no?

—Intentó besarme una vez. Le dije que todavía no estaba preparada.

—¿Así es como pretendes ablandarme?

—Es la verdad.

—¿Y cuál es la mía? ¿Qué he sido para ti durante todos estos años?

—Esto no tiene nada que ver contigo.

—En ese caso, ¿cuál es el problema?

—No lo sé. Hay cosas que ocurren y nos pueden.

Por fin miró a los ojos a su marido; unos ojos inmensos que antes lo hacían soñar y ahora le parecían insondables como un abismo.

—No puedes imaginar cuánto lamento el daño que te estoy haciendo.

—Nadie te obliga a ello.

—Es algo que me supera —le confesó con voz trémula—. Te juro que lo he intentado. He intentado dejar de

verlo. Cada vez que volvía a casa, me prometía acabar con esta historia. Pero, por la mañana, no podía evitar reunirme con él.

Eso fue la puntilla. Adem estaba destrozado. Todo le parecía irrisorio: las lágrimas de su mujer, los juramentos, las traiciones, las palabras, los gritos...

—¿Lo conozco?

Negó con la cabeza. Imperceptiblemente.

—¿Es del pueblo?

—No.

—¿Cómo se llama?

—¡Eso qué más da!

—Para mí es importante.

—No cambiaría nada.

—¿Acaso crees que nada va a cambiar? Me sueltas tu batura a la cara, sin previo aviso, ¿y de verdad crees que mañana será un día como los demás? ¿Qué soy para ti? ¿Una rama que apartas para seguir adelante? Soy de carne y hueso. No tienes derecho a hacerme esto. Soy tu marido. Y tú eres mi esposa. Tenemos un compromiso moral inderogable, hay límites que no se pueden traspasar así como así. Por Dios, recapacita. Dime que me estás tomando el pelo, que no crees una palabra de lo que estás diciendo.

—Lo siento en el alma.

Esperó la reacción de su marido. La que fuera...

Adem, inmovible y estoico, no veía modo de solucionar aquello. Hay vilezas que ni siquiera podemos sospechar, fracasos insuperables, ruegos tan atroces como intentos inútiles. Su mujer había decidido abandonarlo y estaba claro que no pensaba echarse atrás. Todo parecía haberse detenido en la habitación: el aire, la ira, el sufrimiento, la indigna-

ción. Solo permanecía, a modo de reniego, el progresivo aturdimiento que lo iba desmenuzando fibra a fibra.

La bombilla empezó a parpadear sobre sus cabezas hasta fundirse. La casa quedó envuelta en la oscuridad, al igual que sus corazones y sus pensamientos. Adem solo percibía su aliento cada vez más tenue mientras la negrura se aliaba con el silencio para encubrirse.

Después, Dalal se levantó como un alma en pena, recogió su maleta y su bolso y salió de la vida de su marido.

Adem intentó en vano dar un sentido a su desgracia. Se quedó un buen rato derrumbado, con la cabeza entre las manos, esperando que Dalal se echara atrás y volviera con él. Por un momento, pensó salir corriendo tras ella, pero temió hacer el ridículo. Hacía horas que había salido el último autocar para Blida y no se esperaba ningún tren aquella noche.

La puerta de la vivienda permaneció abierta toda la noche. No tuvo valor ni fuerzas para cerrarla.

Cuando la evidencia pone a uno entre la espada y la pared, y este se desvive buscando en la indignación algo con que taparse la cara, no se hace las preguntas adecuadas sino que trampea consigo mismo.

Adem se arrastró hasta la cocina sumida en la oscuridad. No encendió la luz, quizás por sentirse menos expuesto en el hipotético refugio que la opacidad le concedía. A tientas, consiguió alcanzar una botella de vino.

Tras beberse su pena a tragos largos, entre arcadas que no consiguieron expurgar un ápice las toxinas que arrasaban todo su ser, estuvo dando tumbos por toda la casa.

Al final, se derrumbó en un rincón y, ebrio de todas las miserias del mundo, lloró a lágrima viva.

Su hermana mayor, que vivía en el otro extremo del pueblo y pasó casualmente a visitarlo tras haber hecho la compra en el barrio, se lo encontró acostado, sin descalzar, con la cara tapada con una almohada. Dejó su cesta en el suelo, echó una mirada a su alrededor y comprobó que los estantes del armario estaban casi vacíos.

—Al final lo ha hecho —suspiró.

—¿Estabas al corriente?

—Mi hijo los vio hace unos días detrás de la estación.

Adem se apartó la almohada de la cara, con gesto de rabia. Daba pena ver la máscara arrugada en que se había convertido su rostro.

—Y no me dijiste nada.

—Pensé que podía hacerla entrar en razón.

—¿Hacerla entrar en razón?

—La puse sobre aviso. Me dijo que no era nada serio, que solo se trataba de un amigo de infancia al que conoció en la época en que su madre trabajaba en casa de los Gautier. Me juró que no lo volvería a ver.

—Pero volvió a verlo.

La hermana se sentó pesadamente sobre un taburete, junto a la cama, retorciéndose los dedos con agobio. Su mano intentó alcanzar el hombro de su hermano, pero este se echó a un lado. No soportaba que lo tocaran. Se sentía como una fractura abierta.

—No es más que una mujer, Adem. Cuando una puerta se cierra, ciento se abren —le dijo para intentar consolarlo.

—Me ha hecho mucho daño.

—Así es la vida. Tiendes que asumirlo.

—¿Por qué me tiene que ocurrir esto a mí?

—¿Y por qué quieres que solo les ocurra a los demás?

—¿Qué tengo yo que ver con los demás?, ¡me cago en Dios!

La hermana hipó despectivamente.

Decretó en tono sentencioso:

—Dios solo está disponible para los muertos, Adem... A los vivos no les queda otra que arreglárselas por su cuenta.

Le cogió una mano. Adem no la rechazó; no le quedaban fuerzas para resistirse.

—Me siento tan sucio —gimió.

—Esto no es el fin del mundo. La vida sigue. Intenta reponerte si no quieres que las malas lenguas se desaten.

Adem volvió a colocarse la almohada sobre la cara. No quería oír más. Cada palabra de su hermana era una puñalada. Él mismo se había repetido cien veces lo que le estaba diciendo ella. Y cien veces le había dolido igual.

—Te voy a preparar algo de comer.

Le acarició el brazo con una suavidad mezcla de ternura y de piedad.

—Compórtate como un hombre.

Se metió en la cocina; no había casi nada en la nevera y tuvo que echar mano de su propia cesta de la compra. Preparó una sopa y se la llevó a su hermano.

—Pasaré a verte esta noche. Me gustaría reencontrarme con mi hermano, no con su sombra. Y un último consejo: no pretendas ahogar tus penas con vino, porque te hundirás con ellas.

Adem se aplastó la cara con la almohada, como si quisiera contener un grito.

—Siempre le fui fiel.

La hermana dio un respingo. Se volvió con enojo hacia su hermano, escandalizada por lo que acababa de escuchar. Le dijo con voz despectiva:

—La fidelidad es lo que clasifica a los perros como perros. Haz el favor de comportarte con un mínimo de dignidad. Un hombre que lloriquea por una fulana no se merece mejor trato que ella.

Dicho esto, lo miró una última vez, ahora con desdén, y salió a la calle con su cesta en un brazo. Adem se sobresaltó al oír el portazo. Enseguida todas las miserias del mundo se volvieron a desplegar en torno a su soledad.

2.

Adem no regresó a la escuela en la que enseñaba cálculo a los alumnos de primaria, y ciencias elementales a los del curso superior.

Se pasó los primeros días montando guardia ante la ventana de su dormitorio: por la mañana, acechando un improbable regreso de su mujer; por la tarde, viendo desfilas las horas tal como hacen los dioses a quienes les importa un bledo la infelicidad humana. Los días siguientes, no se movió de la cama, mirando fijamente el techo y esperando la noche para ir al único bar del pueblo. Se instalaba en un rincón de espaldas a la barra, bebiendo una cerveza tras otra, y, cuando el local estaba saturado de ruido y de humo, se tiraba a la calle para caminar rozando los muros. Cuando, acá o allá, unos perros le cortaban el paso, agarraba lo que pillaba a mano para mantenerlos a raya.

Al regresar a su casa, se encontraba con todo tal como lo había dejado Dalal, ya que su hermana no había vuelto a visitarlo, como le había prometido.

Pasada una semana, el director de la escuela lo pilló en el huerto quemando sus fotos de familia y otros objetos que le

traían demasiados recuerdos. El director era un señor de cierta edad, vestido impecablemente con traje y chaleco del que colgaba la cadenilla de un reloj de bolsillo, tocado con un fez ladeado con la elegancia y porte de un efendi.

—Creía que estabas enfermo, señor Naït-Gacem —le dijo mirando con cara de disgusto las botellas de vino vacías esparcidas por doquier.

—No es del todo falso.

—¿Qué es lo que te ocurre?

—Será lo que ya no me ocurre...

Ataviado con unos calzones largos y una camiseta llena de manchurriones oscuros, con unas ojeras profundas y barba de varios días, Adem se puso a patear unos brotes recién salidos, atraídos por el sol.

—Estas eran habas. Antes, cultivaba menta y lechugas.

—¿Seguro que todo va bien?

Adem echó la cabeza hacia atrás y soltó una risotada incongruente que relajó el entrecejo del director.

—No hay motivo para que no vaya todo bien. Aquí sigo, vivo y coleando, ¿no es así? —añadió abriendo los brazos para sacar músculo—. Pero por mucho que se esté tan blindado como un tanque y se sea listo como para engatusar al propio diablo, nunca se está a salvo de alguna que otra putada del destino, ¿verdad, señor director?...

—Nadie está a salvo de un imponderable, Sy Naït-Gacem.

—¿Y eso por qué motivo? ¿Qué somos en este mundo? ¿Dianas de feria? ¿Qué sentido tiene ser feliz durante un momento para sentirse desgraciado al minuto siguiente? No es justo.

—¿Puedo serte de alguna utilidad?

—¡Y tanto!

Adem se metió a toda prisa en la casa y regresó con unas llaves.

—Ha hecho usted bien en pasar a verme, señor director. Le devuelvo la vivienda oficial que se me concedió.

—¿Qué me estás contando?

—Que me despido.

—No lo dirás en serio...

—¿Y eso por qué?... Ya no tengo el menor motivo para seguir pudriéndome en este maldito poblacho.

El director rechazó las llaves con gesto reprobatorio.

—Por favor, estamos llegando a fin de curso. No puedes dejarnos en la estacada de esta forma, sin previo aviso ni justificación. Estamos faltos de profesorado y los alumnos...

—Me importa un comino —lo cortó Adem.

—¿Es por culpa del inspector académico? Es un cascarrabias, pero no mala persona. Te ha dado una buena puntuación... Ya sé que te mereces una promoción, y que llevas tiempo esperándola. Hay que tener paciencia. Es solo cuestión de tiempo.

—No tengo ni lo uno ni lo otro. Y además, esto no tiene nada que ver con mi carrera profesional. Me largo, y con eso está todo dicho.

—¿Adónde piensas ir?

—Allá donde no me vea obligado a sonreír cuando no tenga ganas de hacerlo, o a saludar todas las mañanas a gente a la que no soporto o también a fiarme de quien no se merece mi confianza.

El director se echó el fez hacia atrás para secarse la cabeza con un pañuelo.

—Esos lugares no existen, Sy Naït-Gacem. Vivir en sociedad consiste en asumir el reto de las relaciones mutuas,

con todos los demás, los honrados y los canallas. En sociedad, nadie puede cumplir con moralidad sin violentarse. Hay ermitaños que creen que, aislándose, podrán comportarse con mayor serenidad. Pero se engañan a sí mismos. La moral solo puede ejercerse entre los demás. Rehuirlos es renegar de las propias responsabilidades.

—No reniego de mis responsabilidades, renuncio a ellas.

Adem se fue del pueblo ese mismo día, con una bolsa de hule por único equipaje, y dentro algo de ropa interior, tres pantalones, cuatro camisas, un cuaderno de escolar y un viejo libro de un autor ruso. No se despidió de los vecinos ni de su hermana. Tomó el primer autocar que pilló para Blida, cenó en un restaurante barato, rodeado de pobres diablos, y pasó la noche en un *hammam* que hacía las veces de albergue durante la noche.

A la primera llamada del almuecín, el gerente del local rogó a todos los presentes que se fueran a otra parte. Aún no había amanecido cuando se vio de nuevo en la calle con su bolsa al hombro.

Se refugió en el café de la estación de tren. Allí solo había tres ferroviarios con las manos llenas de grasa. Hablaban de los retrasos que provocaban las averías de las locomotoras, de las piezas de repuesto que no llegaban y del celo insufrible de los burócratas. El mayor de ellos, que tenía las orejas llenas de pelos y un bigote amarillento por el tabaco, explicaba a sus colegas que era normal, tratándose de un país que acababa de independizarse, que a veces se produjeran esas disfunciones. Sus compañeros ladeaban la cabeza, dubitantes.

Antes de volver a la faena, uno de ellos ofreció un cigarrillo a Adem sin que este se lo pidiera. Aquella fue la mañana

en que se inició al tabaco. Nunca lo había hecho anteriormente.

—Tú no eres de por aquí —supuso el encargado del café dirigiéndose a Adem.

—No.

—¿De dónde vienes?

—De muy lejos.

—¿Estás buscando trabajo?

—Estoy buscando a alguien.

—¿Vive en Blida?

—Vive aquí dentro —refunfuñó Adem golpeándose la cabeza con un dedo.

—¡Vaya por Dios, amigo!... Ahí dentro no hay más que trampas engañosas —lo previno el encargado—. Lo último que hay que hacer es amargarse. La vida es como es y nadie puede evitarlo. Unos se pasan de rosca y otros se quedan cortos.

Adem prefirió no ahondar en el tema. Acabó su trozo de pan con mantequilla y su café, apresurándose en salir de aquel lugar, que de pronto dejó de agradarle.

—¿Qué le debo?

—Invita la casa —le dijo el encargado—. Lo hago con mucho gusto.

Así y todo, Adem dejó unas cuantas monedas sobre el mostrador y salió a la calle preguntándose si no había iniciado ya su decadencia.

¡Ah! Blida.

Lánguida sultana con un brazo posado sobre su vientre fecundado por epopeyas, el otro acodado distraídamente sobre la montaña, vivía del ensueño de sus mitos, ebria de sol y de incienso.